

nia, pues tienen una misma vida, y una misma y sola esencia. ¡Oh admirable y santa belleza de las divinas relaciones! ¡No proceder de nadie el Divino Padre, y contemplar eternamente en su paternidad sagrada, al Hijo de su seno; y este Hijo referirse al Padre, y uno y otro juntamente, ver al Divino Espíritu; y éste Espíritu Divino, referirse á los dos eternamente con indisoluble y tierno amor! Maravillas son estas que al alma encantan, y la llevan fuera de sí misma, que le piden suspiros, lágrimas, sollozos, y la encienden en vivas llamas de la más abrasada y dulce caridad.

¡Aca en el mundo es la verdadera amistad un tesoro de riquísima valía, inagotable manantial de júbilo y consuelo; ¡qué alegrías tan puras, qué inefables y sagrados gozos proporciona al corazón del hombre! Y sin embargo, la amistad más pura y santa, tiene siempre sus defectos, momentos de grandeza y entusiasmo, y tal vez, largas horas de triste desaliento y de cansancio; y con todo, ella es un tesoro de riqueza, una fuente de alegría, que si no consuman la dicha de nuestra alma, es porque nada hay perfecto ni acabado aquí en la tierra; ni las más duraderas relaciones son eternas, pues la muerte rompe los más sagrados lazos; y si bien es cierto que despues de la muerte nos amamos, cierto también es, que no vivimos bajo el mismo techo, ni disfrutamos de la misma vida; y por lo mismo, no tenemos ya, los atractivos y el amable encanto, las hermosas y santas relaciones que teníamos en la vida.

Ahora levantemos los ojos al Señor: ¿podremos dar el nombre de amistad á las divinas relaciones? [1] Si así lo hacemos es indispensable añadir, que esa amis-

(1) Á éste modo decia S. Agustin hablando del Espíritu Santo: Si amicitia convenienter dici potest, dicatur; sed aptius dicitur charitas. De Trinit. L. VI. c. 5.

tad es eterna, indisoluble, serena, inperturbable y perfectísima; que subsiste en la unidad de un mismo sér, sin que haya habido un solo instante, sin la unidad divina de que hablamos; y sin embargo, conserva eternamente, las divinas subsistencias de las personas; amistad que es el amor consumado y perfecto que todo lo ilumina y hermosea.

Otra riquísima fuente de belleza en las divinas relaciones, es la igualdad absoluta de las personas; en ellas es perfectísima y simplísima la unidad de la divina esencia; y la perfeccion de las relaciones no se distingue de la esencia de Dios; de lo cual resulta que, aunque las relaciones sean distintas, sin embargo, no puede decirse que una persona es más perfecta que las otras dos, porque, nos dice el Angélico Doctor, la igualdad y la semejanza se considera segun lo esencial, ni puede haber desigualdad alguna, segun la distincion de las relaciones..... por lo que, la paternidad es dignidad del Padre, así como también, su esencia. La dignidad es absoluta y pertenece á la esencia; y ésta, que en el Padre es paternidad, es en el Hijo filiacion. Por esto decimos rectamente que la dignidad del Padre está en el Hijo. Ni de aquí se sigue que el Hijo tenga la paternidad, pues si bien es cierto que ámbos tienen la misma esencia y la misma dignidad; sin embargo, está en el Padre segun la relacion de quien la da, y en el Hijo, segun la relacion de quien recibe. (1)

En las divinas personas no tenemos que considerar sino la esencia en que comunican, y las relaciones que

(1) 1. p. q. 42. a. 4. ad. 2. Cerboni.

las distinguen. Y la igualdad perfecta y absoluta requiere dos cosas: la distincion de las personas, porque nadie se dice igual á sí mismo, y la unidad de esencia, porque entónces las personas serán perfectamente iguales cuando tengan la misma grandeza y esencia. (1) Y esto es lo que admiramos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no es mayor el Padre, no es menor el Hijo, no es menor el Espíritu Santo; pues Éste y el Hijo, tienen lo mismo que el Divino Padre: el Padre tiene la vida; mas de ninguno; el Hijo la tiene de su Padre; pero tal vida cual es aquella, tan grande como es grande la del mismo Padre, y enteramente igual; porque Él es su verdadero Hijo, Hijo eterno y perfecto, que no desdice del único Dios Padre, Dios el Hijo Unigénito; porque el Padre engendrándolo le dió todas las cosas, y lo engendró perfectamente igual á Sí mismo; pues no le dió ménos que lo que tiene, y al dárselo no ha perdido nada, y el Hijo al recibirlo, siempre fué, y tuvo siempre, los bienes de su Padre. (2) Así tambien decimos respecto del Divino Espíritu, que tiene la misma vida del Padre y del Hijo, tan grande y perfecta cual la tienen el Hijo y el Padre, porque Él es el amor eterno y perfecto de entrámbos.

Esa perfecta y eterna igualdad de las tres adorables personas, es segun decimos, una nueva y rica fuente de luz y encanto, y celestial belleza, cuyos purísimos y espléndidos raudales iluminan nuestras almas; no nos cansamos jamas de contemplarla. Su inagotable belleza nos va descubriendo á cada instante, nuevos y más

(1) D. Th. cit. ad. 1. (2) D. August. l. 2. Cont. Maximin. n. 7.

profundos manantiales, rebosando eternamente de luz, de gracias y atractivos, que aumentan casi sin medida nuestra admiracion, y nos ligan más y más con las cadenas del amor divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas contemplamos en el Padre, en ese Padre, que es y siempre ha sido el eterno principio de su Verbo á quien todo lo ha comunicado! ¡cuántas maravillas y grandezas hallamos en el Hijo del Señor, imágen perfecta de su Padre! ¡quién podrá exceder al Padre, en poder, dignidad y grandeza? Nadie, pero su Hijo le es enteramente igual.

¡Cuántas maravillas y grandezas vemos tambien, en el Espíritu Santo, vínculo eterno y sagrado del Padre y del Hijo! ¡Quién podrá sobrepasar la dignidad, el poder, y la grandeza del Hijo y del Padre? Nadie, mas con todo, el Espíritu Santo es igual á los dos de quienes eternamente procede como de un mismo principio.

Siendo esto así, toda la fuerza y el amor de nuestras almas tiende igualmente hácia el Padre, el Hijo y el Espíritu Divino, en quienes hallan toda ventura: no dividimos nuestro amor, porque esas tres adorables personas son un solo Dios; ni da más diferente medida al cariño que les profesamos, porque ellas son enteramente iguales; mas las amamos con todo el corazon, con toda el alma, con todas nuestras fuerzas.

Hé aquí la dicha y el dulcísimo reposo, que nos proporciona la igualdad santa y adorable de las divinas personas. El mismo amor, las mismas alabanzas, y todos los pobres y humildes servicios del corazon, rendidos igualmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esa unidad de sentimientos que les debemos, aumen-